

El socialismo verde

Por qué los movimientos climáticos no superarán los viejos debates

Raul Zelik



El socialismo verde

Por qué los movimientos climáticos no superarán los viejos debates

Raul Zelik

Desde las filas de los movimientos climáticos se repiten los ruegos para liberarse de los términos del siglo XX y argumentar más allá de los debates antiguos sobre el sistema. Por ejemplo, la investigadora de transformaciones Maja Göpel dice en una entrevista con el periódico *Tagesspiegel* de Berlín: “Lo último que necesitamos ahora es una discusión ideológica sobre el socialismo y el capitalismo”. Y Luisa Neubauer, de *Fridays for Future*, sigue la misma línea cuando explica que necesitamos una forma diferente de actividad económica, pero esto no tiene nada que ver con el socialismo.ⁱ

Si se considera el historial ambiental de los estados socialistas en el siglo XX, este argumento parece inmediatamente plausible. La ausencia de propiedad privada y de intereses

de lucro no detuvo el proceso de destrucción de la naturaleza; por el contrario, en muchos aspectos el resultado fue aún más devastador que el presentado por los países industrializados occidentales. Aunque el proyecto de desviar los ríos siberianos hacia las estepas de Asia Central con la ayuda de explosiones nucleares nunca se llevó a cabo, el modelar la naturaleza según las necesidades humanas fue una idea emblemática y muy extendida en la Unión Soviética. Durante los años veinte y treinta, el escritor soviético Andrei Platonov decía: “El hombre cambia más lentamente que el mundo. Este es precisamente el centro de la tragedia”.ⁱⁱ Y cuando el socialismo no se complacía en grandes fantasías tecnológicas, había simplemente indiferencia a los ciclos de la naturaleza.

Quienes vivieron o visitaron la República Federal Alemana probablemente recuerden el smog acre sobre las ciudades de la República

Foto de la portada: Galo Paguay.
Protesta previo a la Cumbre sobre Acción Climática de la ONU, convocada por la activista Greta Thunberg, Nueva York. 2019.

Democrática Alemana (RDA), durante los meses de invierno, así como la contaminación del aire alrededor de las plantas petroquímicas.

Sin embargo, me parece importante contradecir a Göpel y Neubauer en la cuestión del socialismo: si uno quiere evitar el colapso de los sistemas ecológicos de nuestro planeta, no puede evitar la política socialista. El hecho de que la destrucción de la naturaleza siga acelerándose, a pesar de las innumerables declaraciones de intención de la política y los negocios, no puede explicarse fuera de la naturaleza del capitalismo, una tesis ampliamente compartida por *Fridays for Future*. Contrariamente a lo que parece en muchos debates, el capitalismo no es simplemente una actitud ante la vida o un modelo de consumo, sino que es, ante todo, una relación de propiedad y clase. Lo que esto significa y la medida en que está entrelazado con el proceso de destrucción de la naturaleza es lo que voy a esbozar a continuación.

¿Cuál es el motivo de la destrucción de la naturaleza?

En primer lugar, parece necesario justificar una vez más por qué el capitalismo, a pesar de su enorme capacidad de cambio, debería ser incompatible con la sostenibilidad ecológica.

Para las ciencias medioambientales es indiscutible que la sociedad mundial se dirige a gran velocidad hacia el colapso de los sistemas biofísicos. Una referencia muy citada es el estudio de Johan Rockström, según el cual, de nueve límites biofísicos (calentamiento global, acidificación de los océanos, agotamiento del ozono, contaminación

atmosférica por aerosoles, ciclos bioquímicos, consumo de agua dulce, uso de la tierra, integridad de la biosfera, introducción de nuevas sustancias en el medio ambiente), la humanidad ha superado tres a escala mundial y otros tres en algunas regiones del mundo.ⁱⁱⁱ Así, el problema no es solo el cambio climático, que la gente está tratando de abordar mediante la introducción de energías renovables, especialmente porque el cambio de energía tampoco está en la escala requerida: en Alemania, donde las energías renovables han sido fuertemente promovidas, la proporción de energía eólica, hidráulica y solar en el suministro total de energía aumentó, únicamente, del 1% al 15%, desde 1990.^{iv} Es necesario considerar que el crecimiento económico desempeña un papel central en este desarrollo. A principios de 1970, el informe del Club de Roma se refirió a los “límites del crecimiento”,^v y el economista Georgescu-Roegen demostró que los procesos económicos no pueden considerarse fuera de los contextos biofísicos. La producción es, también, una transformación material que conlleva un aumento de la entropía (la pérdida de estados de orden utilizables) y, por tanto, solo puede aumentarse a largo plazo en la medida en que los ciclos naturales restauren los viejos estados de orden.

Pero la comprensión de que la dinámica del crecimiento económico está destruyendo la base material de nuestra existencia todavía se resiste amargamente, a pesar de todas las pruebas de las filas de la ciencia económica y la política. Desde hace algún tiempo, la economía verde (*green economy*) se considera un salvavidas y la Unión Europea la persigue oficialmente como objetivo.

Detrás del proyecto ‘crecimiento verde’ se encuentra la idea de que la naturaleza debe ser economizada y valorada (todo puede convertirse en valores monetarios) y la promesa de desvincular el proceso de valor económico del consumo de la naturaleza mediante nuevas tecnologías y ciclos de reciclaje. El producto nacional bruto seguirá creciendo, mientras que el consumo de la naturaleza y los recursos se reducirá a un nivel sostenible. Esta visión está representada prominentemente, por ejemplo, por Ralf Fücks (2013)^{vi}, director por mucho tiempo de la Fundación Heinrich Böll –la Fundación política alemana afiliada al partido verde– la cual proclama el amanecer de una nueva era de crecimiento ecológico. Pero las cifras de las últimas décadas hablan un idioma diferente. Aunque se han acordado objetivos de sostenibilidad durante 40 años, el consumo de energías fósiles sigue en aumento y las emisiones mundiales de CO² se han duplicado desde que inició la política climática, a finales de los años ochenta. A pesar de las tecnologías, más eficientes y ecológicas, el metabolismo¹ –insostenible– con la naturaleza ha seguido creciendo.

Todo lo expuesto puede ilustrarse con la transformación de las sociedades industriales en sociedades de servicios, inauguradas a principios del milenio como una despedida de la “economía marrón sucia” y una entrada hacia un futuro ecológico. Contrariamente a todas las promesas, la digitalización, que se suponía iba a reducir el consumo de recursos, ha resultado ser el motor de la destrucción de nuevos materiales.^{vii} Esto tiene

que ver, entre otras cosas, con el hecho de que la demanda de metales y tierras raras ha desencadenado un auge de la minería. En este contexto, muchos gobiernos de América Latina han otorgado hasta el 50% de su territorio, como concesiones, a empresas mineras. Debido a que el aumento de los precios de los productos básicos hace que los nuevos métodos de explotación minera sean rentables, la minería se está extendiendo y la destrucción de zonas naturales aumenta exponencialmente. La digitalización también se acompaña de un creciente consumo de energía, pero incluso la energía hidroeléctrica, que se considera ecológica, causa una gran destrucción en muchos países, especialmente en el sur global. Por construir represas gigantescas se inunde grandes áreas con vegetación. Esa biomasa se descompone y en el proceso de descomposición se crean gases invernaderos (especialmente metano). Por ello, las plantas hidroeléctricas a menudo ni siquiera son neutrales para el clima.

La prometida disociación de la creación de valor y la transformación material es obviamente una quimera en las condiciones del mercado mundial capitalista. Los nuevos procesos y tecnologías pueden llegar a ser más eficientes en cuanto a recursos, pero conservan una dimensión material. Además, están los fatales efectos de rebote. Por ejemplo, los motores de los automóviles son cada vez más económicos, pero los vehículos son cada vez más grandes; las emisiones de los aviones están disminuyendo, pero el número de vuelos está aumentando rápidamente. El principio de crecimiento se opone a la reducción de la contaminación ambiental.^{viii}

1 Término usado para describir la interacción entre el ser humano y la naturaleza no humana.

Capitaloceno

Gran parte de los movimientos climáticos pide un cambio de sistema y nombra al crecimiento económico como el problema central, lo que parece plausible en la medida en que se aceptó como el indicador más importante de la eficiencia, tanto en el capitalismo como en el socialismo. Pero ¿qué hay detrás de este crecimiento? En los debates de los movimientos climáticos se suele hacer referencia al “modelo de civilización” de la modernidad industrial, es decir, a un conjunto de estructuras técnicas, pautas de consumo, paradigmas de crecimiento, sistemas de conocimiento, etc. La designación de la época geocronológica Antropoceno, que se originó en la geología y ha sido adoptada por las ciencias ambientales, entre otras, también apunta en esta dirección^{ix}: la intervención del hombre en los sistemas naturales es tan grande que hay que hablar de una edad de la tierra hecha por el hombre.

Sobre la base de este enfoque explicativo, que en cierto sentido hace a la humanidad responsable colectivamente, muchas estrategias de transformación tienen por objeto utilizar la persuasión para promover una relación diferente con la naturaleza, desarrollar contramodelos concretos (incluido un comportamiento de consumo diferente) y convencer a la sociedad, la política y la economía de una perspectiva de postcrecimiento. Y esto es, probablemente, el núcleo de la idea de que la guerra de trincheras política del siglo XX debe ser superada. En lugar de empantanarse en debates paralizantes sobre el sistema, se quiere ganar a la gente para una transformación del “modelo de civilización”.

Ahora bien, es indiscutible que la destrucción ecológica también tiene que ver con las ideas sociales y nuestra subjetividad como individuos. Si todos en una sociedad están convencidos de que la naturaleza debe ser colonizada, que el crecimiento es el indicador más importante de una buena vida y que no hay alternativa al aumento del consumo de bienes, entonces estas ideas también desarrollan el poder material. En este sentido, también se trata de una transformación de ideas: sobre la crítica del fetichismo del crecimiento, sobre una relación diferente con la naturaleza, sobre los conceptos de transporte alternativo, vivienda y energía.

Pero este enfoque ignora un problema central: no es ni la humanidad ni la sociedad la responsable de la crisis ecológica del presente, al menos en lo que respecta a las desigualdades mundiales. Según el Banco Mundial, las emisiones de CO² de Etiopía, con sus 110 millones de habitantes, representan solo el 2% de las emisiones de Alemania, con sus 80 millones de habitantes.^x Así, la responsabilidad por el cambio climático y la destrucción de la naturaleza se diferencia según la posición en el sistema mundial capitalista. En los movimientos ecologistas esto se aborda bajo el concepto de justicia climática, es decir, el modo de vida del Norte, rico e industrializado, es el que causa la devastación ecológica y transmite los daños consiguientes a otras partes de la población mundial. Pero esto todavía no responde a una pregunta crucial: ¿qué hay detrás de esta “injusticia”? ¿Realmente son las expectativas de consumo de “la gente del norte” y el fetichismo del crecimiento “occidental” las que impulsan el proceso destructivo?^{xi}

Si miramos hacia atrás, la intervención decisiva en los sistemas ecológicos tuvo que ver con el surgimiento de un sistema económico concreto, a saber, el capitalismo industrial, que ha impulsado la valorización de todas las áreas de la vida y regiones del mundo durante 200 años. En este contexto, los científicos sociales formados en Marx, como Elmar Altvater o Jason Moore, han sugerido que se hable no de un Antropoceno, sino de un Capitaloceno, una era de la tierra dominada por el capital.^{xii} Este capitalismo, a su vez, aunque está inextricablemente vinculado a las ideas de vida, progreso y desarrollo, es principalmente un mecanismo económico específico y una forma de dominación social. El principio estructural fundamental del capitalismo no es el crecimiento del producto interno bruto, sino la acumulación del capital: G-W-G. El dinero se negocia en productos básicos con el fin de obtener (con la ayuda del producto de la fuerza de trabajo) una mayor cantidad de dinero, que a su vez puede ser reinvertido.^{xiii} Este proceso, al que Dörre se refiere como “acaparamiento de tierras” en referencia a Rosa Luxemburgo, David Harvey y Jason Moore, es el motor crucial de la destrucción ecológica, ya que el aumento del valor empuja constantemente fuera de los límites de la reproducción natural (y social). La selva tropical, ecológicamente rica, pero “sin valor”, se transforma en plantaciones de soja o de aceite de palma, ecológicamente pobres, pero “valiosas”. Por eso, un lugar nunca puede ser solo un lugar, al menos debe permitir el desarrollo turístico en forma de un eco-resort.

El problema del régimen de propiedad

Esta dinámica no se alimenta de las ideas de crecimiento, aumento y productividad que impregnan nuestras vidas de una forma u otra, sino de una relación de dominación. La sociedad burguesa se caracteriza por el hecho de que uno está “arriba”, no por su nacimiento noble o por el uso excesivo de la fuerza, sino porque ha logrado aumentar su propiedad. Si haces mal uso de tu capital, descienes socialmente, al menos a largo plazo. Y esto, finalmente, es por lo que un cambio ecológico no se tendrá sin la política socialista (aunque, como se ha mencionado, la política socialista es cualquier cosa menos una garantía de un cambio ecológico). El hecho de que la transformación ecológica haya estado estancada durante 40 años no tiene que ver principalmente con las creencias sociales y los patrones subjetivos de comportamiento, sino con la estructura del mercado mundial capitalista. La clase de propietarios reproduce su posición de poder a través de un mecanismo económico que sistemáticamente empuja fuera de los límites biofísicos de la naturaleza. Aquellos que quieren detener la destrucción ecológica deben, por lo tanto, reducir masivamente los intereses de los propietarios. Deben prohibir la transformación de las selvas tropicales en campos de soja y detener los modelos de negocio que, como el transporte aéreo, no pueden organizarse de forma climáticamente neutra en las condiciones existentes. Una transformación ecológica no puede lograrse de otra manera que a través de duras intervenciones en la “libertad” del sistema de propiedad. Y esto no

conciérne exclusivamente a algunas ramas de la industria, sino al capital en su conjunto y, especialmente, a aquellos grupos financieros poderosos que buscan oportunidades de inversión para los inversores. Por ejemplo, solo la empresa BlackRock maneja fondos de 8,6 billones de dólares.

Pero ¿cómo se puede lograr si la producción material en su conjunto tiene que disminuir? Ciertamente, algunas industrias y muchas infraestructuras tendrán que ampliarse en el futuro, y el tercio inferior de la población mundial sigue careciendo de bienes de consumo básicos. Por tanto, la sostenibilidad ecológica solo puede lograrse si muchas industrias se “reducen”. Para los consumidores, esto no sería ni de lejos tan dramático como se afirma a menudo: poseer un teléfono inteligente que dura 15 años o viajar al sur de Europa en tren nocturno (y, por lo tanto, con menos frecuencia) sería probablemente un verdadero “sacrificio” para muy pocas personas. Pero para el capital sería dramático, porque si se vende menos, se puede ganar menos.

La queja de los movimientos climáticos de que la política no tiene respuestas ante la crisis, muestra, por tanto, un reflejo de sí misma. La política no ha encontrado ninguna solución porque no ha querido intervenir en el sistema de propiedad y en la libertad del capital. Sin embargo, un movimiento climático que no quiere tener nada que ver con el socialismo corre el riesgo de hacer lo mismo. Porque el socialismo es el movimiento histórico que hace retroceder los intereses del capital en favor de una organización democrática de los procesos económicos

—al menos esa sería mi definición del término, tomado de Karl Polanyi—. Aquellos que no problematizan el poder de la propiedad (en los medios de producción y en los bienes de capital) tampoco tienen nada que ganar ecológicamente. Una revolución de la sostenibilidad solo será posible si la sociedad adquiere el poder de dirigir, controlar y limitar los procesos económicos.

Eva von Redecker, en su notable libro *Revolución por la vida. Filosofía de las Nuevas Formas de Protesta* (2020), intenta entrelazar una teoría marxista de las relaciones de propiedad con las teorías feministas de la reproducción de la vida y las relaciones sociales. Propone hablar del carácter más profundo del orden de la propiedad. Es decir, no solo sobre si la propiedad se organiza de forma privada o colectiva, sino también sobre qué concepto se esconde detrás de esa propiedad. En su opinión, hoy en día este término se basa en el principio de “dominación absoluta de la propiedad”, un poder de disposición que incluye el derecho a destruir. Por lo tanto, una forma de vida ecológicamente solidaria no solo tendría que fortalecer la propiedad común, sino limitar el poder de disposición sobre ella.

Elmar Altvater ha esbozado el desafío de un cambio de sistema, basado en la solidaridad ecológica, de una manera algo diferente. El politólogo berlinés, fallecido en 2018, describe al capitalismo como una “congruencia trinitaria”, una “trinidad históricamente única de la racionalidad europea que toma forma en la industria moderna, los combustibles fósiles que la alimentan y la formación social capitalista con su dinámica estimulada por el benefi-

cio y la competencia”. Si se sigue a Altvater se vislumbra una posición ecosocialista que difiere de otros enfoques de la transformación de tres maneras: en primer lugar, contradice a los apologistas del ‘crecimiento verde’^{xiv} que prometen resolver la crisis ecológica a través de nuevas tecnologías —ganancias de eficiencia, energías renovables, reciclaje, motores eléctricos, hidrógeno, etc.— y así, en última instancia, propaga un “negocio como siempre”. En segundo lugar, a diferencia de los críticos del crecimiento, también considera insuficiente el cambio en las expectativas de consumo, los paradigmas sociales y la subjetividad, ya que identifica la presión de acumulación del capital como el motor decisivo de la destrucción de la naturaleza. Y, en tercer lugar, difiere de la izquierda clásica porque un orden de propiedad colectiva y la planificación económica no dicen nada sobre sus objetivos. Desde el punto de vista de Altvater, el drama del socialismo —aparte de sus estructuras profundamente autoritarias y precisamente no “sin clases”— consistía en el hecho de que buscaba copiar la acumulación capitalista bajo condiciones de propiedad estatal. La ley capitalista de acumulación se amplió, por así decirlo, en el marco de la competencia del sistema. Una alternativa social, por otra parte, tendría que tener en cuenta los tres componentes de la congruencia: tendría que superar la relación utilitaria con la naturaleza de la modernidad industrial, basarse en un suministro sostenible —es decir, no en una expansión interminable— de energía y recursos, y caracterizarse por una propiedad común y estructuras sociales basadas en la solidaridad.

Entonces, ¿cuál sería la característica de una estrategia de transformación ecosocialista?

Me parece crucial detener el proceso de mercantilización, es decir, la transformación con fines de lucro de todos los ámbitos de la vida, y reorganizar cada vez más ámbitos bajo la premisa de que el metabolismo entre los seres humanos y la naturaleza se reduzca a un nivel sostenible y que se promuevan las relaciones solidarias en la sociedad.^{xv} La transformación de lo privado en propiedad colectiva sigue siendo fundamental, porque la sociedad solo puede decidir sobre el uso de los recursos y medios de producción cuando son de propiedad colectiva. Sin embargo, después de la experiencia del siglo XX, la propiedad común ya no puede entenderse principalmente como propiedad del Estado. Un instrumento para evitar la concentración de poder en manos de las burocracias estatales y las élites de los partidos podría ser organizar la propiedad común de manera plural y en red: si coexistieran las infraestructuras comunales, las empresas autónomas, las instituciones de derecho público, las cooperativas, los bienes comunales tradicionales y los nuevos bienes comunes digitales, las fundaciones y las empresas estatales, la aparición de una nomenclatura burocrática, por lo menos, se dificultaría.

Además de fortalecer la propiedad administrada democráticamente, la política ecosocialista debe consistir en redefinir los criterios fundamentales de la toma de decisiones económicas. En el pasado, los debates económicos giraban en torno a la cuestión de cómo se crea, aumenta y distribuye la riqueza. Hoy en día, dados los límites biofísicos de nuestro planeta, un problema muy diferente está en la agenda: ¿cómo podemos reducir exhaustivamente nuestro metabolismo con la naturaleza?

Las directrices de un proyecto ecosocialista serían, por lo tanto, la propiedad común, el control democrático de los procesos económicos, las relaciones de solidaridad e igualdad, y la sostenibilidad ecológica. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿qué significa este enfoque para la política concreta?

Un enfoque teórico socio-ecológico

Un problema básico de la teoría de la izquierda en el siglo XX fue que no estuvo a la altura de sus pretensiones autoimpuestas. El feminismo ha estado señalando este déficit desde principios de los años setenta: un análisis económico que ignora la reproducción está en el aire. Por un lado, esto implica examinar la apropiación del trabajo (doméstico) y otras actividades no remuneradas, así como el análisis de las relaciones sociales y naturales como entrelazadas.

Curiosamente, este amplio concepto de materialismo ya estaba mucho más desarrollado en Marx y Engels de lo que la política socialista del siglo XX podría sugerir. Una de sus ideas centrales fue que el trabajo siempre significa la transformación de la naturaleza, aunque también se reflexionaba sobre las crisis ecológicas. Como John Bellamy Foster y Kohei Saito han rastreado,^{xvi} Marx se preocupó mucho por los procesos biofísicos, especialmente en sus últimos años. Uno de sus intereses era el fenómeno del agotamiento de los suelos agrícolas. El ciclo metabólico en el campo fue interrumpido por el proceso de urbanización y la migración de los agricultores: la comida se vendía a las ciudades y los excrementos humanos no terminaban en los campos sino en las zanjas

de las carreteras, los ríos y, eventualmente, en el mar, lo que Marx llamó una “grieta incurable... en el metabolismo”.^{xvii} En este sentido, el modo de producción capitalista agotó no solo al trabajador sino también a la naturaleza. Empresarios ingeniosos resolvieron temporalmente el problema poniendo en el mercado el fertilizante natural como un producto básico. El fertilizante de huesos fue extraído de los antiguos campos de batalla de las guerras napoleónicas, y las islas de pájaros donde se podía encontrar guano fueron tomadas en posesión. La otra cara del proceso socioecológico fue una expansión neocolonial que pronto encontró nuevas fronteras.

Sin embargo, los estudios de Jason W. Moore también son productivos para un enfoque ecosocialista. En su libro *El capitalismo en la red de la vida* (2020), el sociólogo estadounidense argumenta, entre otras cosas, que el problema fundamental de la teoría socioecológica es que perpetúa la separación entre los humanos y la naturaleza. Moore argumenta, en cambio, tratar a los humanos y a la sociedad consistentemente como parte de la naturaleza. En este sentido, se pregunta cómo las sociedades producen naturalezas concretas y cómo ciertas estructuras sociales rompen la “red de vida” en la que se mueven a través de su metabolismo. Por lo tanto, una sociedad marítima que construye barcos más rápido de lo que crecen sus bosques debe perecer a largo plazo; la regeneración del bosque es el límite socioecológico de esta forma de sociedad. Esto es precisamente lo que podría describirse como el problema del mercado mundial capitalista. Sus procesos económicos están desconectados de los

ciclos de reproducción, la transformación es inevitable, la única pregunta es si ocurre por diseño o por desastre.

El método socioecológico, que introduce la naturaleza en el análisis social y a la sociedad en la investigación ambiental, resulta importante porque pone de manifiesto el núcleo materialista del debate ecológico y, por lo tanto, da un giro a la discusión política: si hoy en día parece que la conservación de la naturaleza es una preocupación moral o idealista, mientras que las ciencias económicas orientadas al mercado toman como punto de partida ‘hechos concretos’, un enfoque socioecológico crítico reivindica precisamente este campo de hechos concretos, muestra qué estructuras sociales destruyen los ciclos de reproducción y qué obstáculos sociales deben ser eliminados para una transformación.

Carácter de clase de la destrucción de la naturaleza

Varias veces en este texto he argumentado, al menos implícitamente, que el capitalismo está cada vez más dirigido contra la vida misma. El ejemplo emblemático de esto es la transformación de la rica, pero “inútil”, selva tropical, en la desolada, pero “valiosa”, tierra de cultivo agroindustrial. Cualquiera que haya estado alguna vez en un campo de soja brasileño o en una plantación de aceite de palma del sudeste asiático, donde hay literalmente un silencio mortal, sabe de qué estoy hablando.

Sin embargo, sería erróneo pensar que la contradicción entre capital y trabajo ha sido reemplazada por una nueva contradicción: ‘capital

versus vida’. El cambio climático no solo tiene una división imperial –el Norte rico lo causa, el Sur global soporta los costos– sino también un carácter de clase distinto. Lucas Chancel y Thomas Piketty señalan que el 1% más rico de la población de EE.UU. contribuye veinte veces más al cambio climático per cápita que el americano medio. Cifras similares existen para Alemania: la décima parte más rica de la sociedad emite cuatro veces más per cápita que el 50% inferior.^{xviii} Detrás de este fenómeno está principalmente el consumo de lujo: muchos vuelos, grandes casas, yates, etc. Es interesante observar que el nivel de educación y la conciencia ecológica son obviamente mucho menos relevantes, en este contexto, que la clase. Según un estudio de la Agencia Federal del Medio Ambiente, los académicos tienen un consumo de energía significativamente mayor que los graduados de la escuela secundaria inferior, y los medios artísticos críticos tienen un consumo mucho mayor que la clase baja precaria.^{xix} Por tanto, la huella ecológica se encuentra –¡qué sorpresa!– en proporción directa a los ingresos y la riqueza.

Hay que tomar en cuenta que no solo las clases propietarias contribuyen más que el promedio al cambio climático, sino que las consecuencias del colapso ecológico se distribuyen de manera diferente según la clase. Los ricos pueden asegurarse contra las inundaciones, comprar una casa en lugares más elevados y pagar fácilmente el aumento de los precios de los alimentos. El informe *Lancet*, de 2019, predice un descenso de entre el 1% y el 7% en las cosechas de maíz, trigo, arroz y soja por cada grado de aumento de la temperatura.^{xx} Por lo tanto, la crisis ecológica que se avecina siempre será una crisis

de clase específica que afecta principalmente a los pobres, en el Sur global, pero también en el Norte rico.

Alianzas socioecológicas

Un enfoque ecosocialista no se mide principalmente por el hecho de que determine acertadamente estas condiciones, sino que permite un cambio de sistema ecológicamente solidario. Para ello, los buenos análisis son útiles, pero los movimientos y luchas son decisivos para frenar los intereses dominantes de ganancia rápida de hoy en día. Por esta razón, desde el punto de vista político, no hay otra posibilidad que la de vincularse con aquellos movimientos y conflictos que, con una orientación solidaria o ecológica básica, ya se están formando en torno a preocupaciones e intereses concretos.

Sin embargo, éste es precisamente el gran problema de la política ecosocialista: los movimientos que podrían abogar por condiciones ecológicamente solidarias tienen, en parte, intereses diametralmente opuestos. Existen, por ejemplo, sindicatos y asociaciones para las cuales la participación social siempre ha sido sinónimo de un aumento del nivel de consumo. Por un lado, es correcto el asumir que el consumo es, en efecto, una forma de participación material, pero por otro lado es erróneo porque el constante aumento del consumo sigue, en última instancia, las necesidades del capital, en lugar del trabajo. Se podría decir que las clases bajas compraron su mayor participación material en el 'fordismo', colonizando sus deseos. Durante casi un siglo, una gigantesca industria publicitaria ha asegurado que la producción

en masa del capitalismo también encuentre una salida correspondiente. Incluso el fabricante de coches Henry Ford conocía el problema: las masas de coches también deben ser vendidas en masa. Sin embargo, el compromiso 'fordista' no carecía de alternativas, porque los sindicatos también podrían haber luchado por más poder político y autonomía de tiempo, por la democracia económica y la reducción de las horas de trabajo. Sobre todo, los sindicatos con su "asociación social", es decir, su orientación reformista, aceptaron una solución que era comparativamente cómoda para el capital: intensificación del trabajo y más consumo.

Por lo tanto, cuando los movimientos climáticos y ambientales se quejan de la cultura consumista de hoy en día, tienen la razón, pero solo en parte: el consumismo sí alimenta la basura del planeta y produce una forma de vida alienada, sin embargo, estos movimientos no reconocen que el consumo de masas también representa un logro social de las clases bajas. Quienes se dirigen a la sociedad en una crítica generalizada del consumo sin diferenciar entre clases se ponen –intencionadamente o no– del lado del capital, que siempre tiene interés en bajar los salarios en sus propias empresas.

Este conflicto entre los sindicatos y el movimiento ecologista llegó a su punto álgido en las disputas sobre la minería de lignito a cielo abierto, en las que los activistas del clima presionaron para que se pusiera fin a la minería de carbón lo antes posible, mientras que los trabajadores afectados defendieron una empresa en la que no solo se pagan buenos salarios, sino que también existe algo parecido

al poder de los trabajadores: un alto grado de organización sindical y oportunidades de ascenso para la fuerza de trabajo.^{xxi} La tarea de la política ecosocialista debe ser forjar alianzas que reúnan las preocupaciones en conflicto o, al menos, construyan puentes. Esto es aún más importante en vista de la inminente crisis socioecológica que amenaza con empujar a parte de las clases bajas a aguas fascistas, como lo han indicado desde hace tiempo los éxitos electorales de los partidos populistas de derecha. Frente a la creciente competencia material, la oferta de la derecha –aislamiento del mundo exterior, intensificación del fosilismo², racismo y afirmación de la masculinidad patriarcal– es atractiva en la medida en que permite, en primer lugar, continuar como antes sin una transformación social extenuante.

Para que este cálculo no funcione, la política ecosocialista debe mostrar los lazos de conexión entre los movimientos sociales, los sindicatos, las asociaciones medioambientales y de bienestar. Un ejemplo concreto de esto es el enfoque practicado desde 2019 por el movimiento climático *Students for future* y la asociación estudiantil de izquierda SDS para apoyar a los trabajadores del transporte público en la acción industrial y en la creación de grupos sindicales de base. La idea que subyace es que la transformación del modelo de transporte, desde el coche individual hacia infraestructuras públicas ecológicas, debe ser impulsada por los propios empleados e ir de la mano de una mejora de las condiciones de trabajo en el sector, porque solo cuando los trabajos en el ferrocarril y el autobús estén tan bien pagados como en la industria

automotriz, los empleados estarán dispuestos a apoyar esta transformación.

Desde hace tiempo existen otros puntos de partida para las alianzas socioecológicas, como los documentos adoptados conjuntamente por las asociaciones de bienestar y medio ambiente o la movilización de *Fridays for future* para el *Seebrücke* (una organización alemana de solidaridad con los refugiados). Aunque tales alianzas son precarias y selectivas, siguen siendo el punto de partida decisivo para una política de cambio de sistema basada en la solidaridad ecológica.

Conversión industrial

Estos antecedentes también explican por qué una izquierda ecosocialista no debe cometer el error de apartarse de las luchas laborales como lo hizo en los años setenta y ochenta, y abrazar un romanticismo post-industrial. En ese momento, la crítica de la tecnología y el desarrollo a menudo equivalía a una salida de la sociedad industrial. Sin embargo, el contenido de la crítica estaba inicialmente bien fundado: las infraestructuras generan dependencias de trayectoria, y la tecnología no es de ninguna manera neutral, sino que inscribe relaciones concretas de dominación. La línea de montaje, por ejemplo, se desarrolló en la fábrica para controlar el ritmo de trabajo en la industria del color y poder controlar a los trabajadores de manera más eficiente.

Por lo tanto, siempre es necesario cuestionar las tecnologías y las infraestructuras, pero al mismo tiempo es erróneo querer saltar fuera de la sociedad industrial. El acero y

2 Economía basada en energías fósiles.

las computadoras no pueden ser producidas a mano, y los fuegos abiertos tienen un peor equilibrio ecológico que un sistema de calefacción moderno. Por lo tanto, el núcleo de un proyecto ecosocialista no debería hacer campaña contra la era industrial, sino definir concretamente de qué se trata, es decir, que la economía no debería configurarse en función de los beneficios esperados, sino en función de las necesidades sociales y sobre la base de los ciclos naturales de reproducción. Aunque el consumo de bienes por parte del tercio superior de la población mundial tiene que disminuir, la producción de muchos bienes tiene que continuar o incluso crecer en algunos sectores: aparatos médicos, sistemas solares, metro, infraestructuras públicas, aislamiento térmico, sistemas de calefacción y refrigeración... Incluso una sociedad ecosocialista tiene que ser capaz de comunicarse digitalmente si quiere hacer frente a la multitud de problemas globales. Una unión de comunas rurales no puede hacer eso. Por lo tanto, una izquierda ecosocialista necesita ambas cosas: una crítica de la tecnología y el progreso, como la que se ha desarrollado desde Walter Benjamin, la Escuela de Frankfurt, el feminismo y la crítica del desarrollo poscolonial, pero también conceptos de conversión de la política industrial que no conduzcan a los confines de la aldea aislada.

Una forma de resolver el problema en el futuro es impulsar la conversión industrial desde la perspectiva de los afectados. Los empleados no tienen interés en producir productos inútiles o incluso dañinos. Por lo general, están contentos de trabajar menos o producir otras cosas, siempre que no sea a expensas de su participación en la sociedad:

un buen trabajo y un ingreso seguro. Por lo tanto, una política ecosocialista debe estar vinculada a la demanda sindical de izquierda de democracia económica: la transformación ecológica de las industrias y sectores debe defender los derechos de los trabajadores, ser desarrollada por ellos y conformada democráticamente por consejos de transformación social (sindicatos, asociaciones ecologistas, ciencias naturales y organizaciones sociales). En algunas industrias debe tratar de producirse otros bienes, por ejemplo, la construcción de transporte público en lugar de automóviles, otras, como el transporte aéreo, están completamente en juego por razones ecológicas, y muchas industrias simplemente tendrán que producir menos si se quiere reducir el metabolismo con la naturaleza.

Esto parece la cuadratura del círculo, porque en el capitalismo rara vez hay soluciones basadas en la solidaridad. Pero si el trabajo y la riqueza se distribuyen entre todos, nadie tiene que quedarse al margen en una conversión industrial. Y hay muchos puntos de partida concretos para tal proceso hoy en día. La propuesta del líder del partido de la izquierda, Bernd Riexinger, de fusionar la crisis de Lufthansa con la Bahn AG en una empresa pública tenía precisamente este objetivo. Dado que por razones ecológicas no es en absoluto apropiado mantener las numerosas conexiones domésticas de Lufthansa, el paquete de rescate estatal de 9 000 millones de euros podría haber estado vinculado a una conversión del sector del transporte. En un grupo de transporte público, o al menos en función de las necesidades de la población, las conexiones de corto y medio recorrido podrían haberse trasladado a los

ferrocarriles, y al mismo tiempo se habría asegurado que la transformación no se produjera a expensas de los empleados.

En la conversión de las industrias y los modelos de consumo, una política ecosocialista también debería oponerse al discurso de “renuncia”. Debe dejar claro que una transformación ecológicamente solidaria mejoraría la calidad de vida en muchos aspectos. Si una sociedad produce menos, el tiempo restante puede redistribuirse de manera que todos trabajen significativamente menos, dejando más tiempo para las relaciones sociales. La reducción del consumo de bienes puede compensarse con una mayor infraestructura cultural y pública. Una ciudad sin coches puede transformarse en un lugar de encuentros entre vecinos, etc.

En este contexto, es importante preguntarse si lo que hoy llamamos prosperidad proviene realmente de nuestras necesidades o de

las del capital. Esto también arroja luz sobre la industria de la publicidad. Para que podamos decidir libre y conscientemente lo que necesitamos como sociedad y como individuos, primero tendríamos que asegurarnos de que no se nos diga lo que supuestamente es indispensable. Mucho más autoritario que una restricción común del metabolismo es el bombardeo cotidiano de mensajes de consumo y de publicidad en la economía de libre mercado.

Una política ecosocialista solo será posible si logra anclar ideas nuevas y radicalmente diferentes sobre lo que constituye una buena vida en sociedad. Y en este punto un enfoque ecosocialista también se encuentra de nuevo con otras estrategias de transformación. La lucha contra la destrucción capitalista de la naturaleza y la sociedad es, por supuesto, también una lucha por las mentes, las ideas y los deseos.

Referencias

- i Bickelmann, J. (2020). Un liberalismo de responsabilidad-negación de los que tienen. *Der Tagesspiegel*. Unfried, P. La mayor mentira de la política climática. *FUTURZWEI*.
- ii Platonov, A. (2019). *Dzhan o la primera tragedia socialista*.
- iii Rockström, J y otros. (2009). Límites planetarios: Explorando el espacio operativo seguro para la humanidad. *Ecology and Society*, 14(2). (<https://www.ecologyandsociety.org/vol14/iss2/art32/>)
- iv Cf. Agencia Federal del Medio Ambiente (2020). *Consumo de energía primaria*. <https://www.umweltbundesamt.de/daten/energie/primaerenergieverbrauch#primaerenergieverbrauch-nach-energetragern>, 10.12.2020.
- v Cf. Donella Meadows. (1972). *Los límites del crecimiento. Informe del Club de Roma sobre el Estado de la Humanidad*.
- vi Fücks, R. (2013). *Creciendo con inteligencia. La Revolución Verde*.
- vii Cf. Mahnkopf, B. (2019). Productivo, ¿más verde, más pacífico? Las falsas promesas del capitalismo digital. *Blätter für deutsche und internationale Politik*.
- viii Cf. Santarius, T. (2012). El efecto rebote, sobre las consecuencias indeseables de la eficiencia energética deseable. *Documentos de Wuppertal sobre la Revolución del Crecimiento No. 5*. Instituto Wuppertal.
- ix Cf. Crutzen, P. (2002). Geología de la humanidad. *Nature* 415.
- x ____ Véase la base de datos del Banco Mundial sobre Emisiones de CO² (kt). <https://data.worldbank.org/indicator/EN.ATM.CO2E.KT?contextual=aggregate&locations=ET> (10.12.2020).
- xi Cf. Brand, U. y Wissen, M. (2017). *Imperiale Lebensweise*.
- xii Altvater, E. (2017). Capitaloceno. El capitalismo escribe la historia de la Tierra. *Luxemburgo. Análisis Social y Práctica de la Izquierda*. 2-3. <https://www.zeitschrift-luxemburg.de/kapitalozaen/> / Moore, J. (ed.) (2016). *Anthropocene or Capitalocene. La naturaleza, la historia y la crisis del capitalismo*.
- xiii Dörre, K. (2019). Capitalismo de riesgo. Landnahme, Zangenkrise, Nachhaltigkeitsrevolution. *Große Transformation? Sobre el futuro de las sociedades modernas*.
- xiv Altvater, E. (2005). *Das Ende des Kapitalismus - wie wir ihn kennen*.
- xv Sobre el significado de la solidaridad como una nueva “forma de relacionarse”, la feminista gay Bini Adamczak ha desarrollado una propuesta que vale la pena leer: Adamczak, B. (2017). *Revolution Beziehungsweise*.
- xvi Bellamy Foster, J. (2000). *La Ecología de Marx. El materialismo y la naturaleza*.; Saito, K. (2016). *La naturaleza contra el capital. La ecología de Marx en su inacabada crítica del capitalismo*.
- xvii Karl Marx: MEW 25, Berlin/DDR 1983, p. 482; cf. McKenzie Wark: *Molecular Red. Teoría del Antropoceno*. Berlín 2017, p. 10f.; Foster: *La ecología de Marx*.
- xviii Chancel, L. y Piketty, T. (2015). *Carbono y Desigualdad. De Kioto a París*.; Oxfam Media Briefing. (2015). *Desigualdad extrema de carbono*. https://www-cdn.oxfam.org/s3fs-public/file_attachments/mb-extreme-carbon-inequality-021215-en.pdf
- xix Umweltbundesamt: Repräsentative Erhebung von Pro-Kopf-Verbräuchen natürlicher Ressourcen in Deutschland (nach Bevölkerungsgruppen). Texto 39/2016, pág. 13.
- xx Watts, N. (2019). The 2019 Report of The Lancet Countdown on Health and Climate Change. *The Lancet* 394.
- xxi Bose, S. y Dörre, K. (2019). Braunkohleausstieg im Lausitzer Revier. Vistas de los empleados. *Nach der Kohle*.

Título: El socialismo verde

Por qué los movimientos climáticos no superarán los viejos debates

Autor: Raul Zelik

Publicado por: Fundación Rosa Luxemburg Oficina Región Andina

Miravalle N24-728 y Zaldumbide

Teléfonos: (593-2) 2553771 / 6046945 / 6046946

info.andina@rosalux.org / www.rosalux.org.ec

Quito · Ecuador

Diseño: Freddy Coello

Foto de la portada: Galo Paguay

Esta publicación es financiada con recursos de la FRL con fondos del BMZ (Ministerio Federal para la Cooperación y el Desarrollo Económico de la República Federal de Alemania). Esta publicación o algunas secciones de ella pueden ser utilizadas por otros de manera gratuita, siempre y cuando se proporcione una referencia apropiada de la publicación original.



Esta publicación opera bajo Licencia Creative Commons Atribución No Comercial, sin Modificaciones 3.0. Todos los contenidos pueden ser usados y distribuidos libremente siempre que las fuentes sean citadas.